

NI DESARROLLO NI DECRECIMIENTO: RELACIONARNOS DE OTRO MODO CON LA NATURALEZA

Sebastián Gámez Millán¹
Profesor de Filosofía de Enseñanza Secundaria

Resumen

Este trabajo expone una alternativa al desarrollo y al decrecimiento, como fueran las dos únicas opciones posibles. Frente a esto, se propone una forma de relacionarnos con la naturaleza que pone en tela de juicio ambas posturas. Para ello se presenta una visión panorámica del pensamiento de un filósofo, novelista y poeta poco conocido en el ámbito iberoamericano, Wendell Berry (Kentucky, 1934), pero también y, en no menor medida, agricultor y campesino, de ahí la integridad, coherencia y la fuerza persuasiva de sus originales propuestas.

Palabras clave

Antropoceno, vida, Tierra, desarrollo

Abstract

This work presents an alternative to development and degrowth, as if they were the only two possible options. In contrast, it proposes a way of relating to nature that calls both positions into question. To this end, it presents an overview of the thinking of Wendell Berry (Kentucky, 1934), a philosopher, novelist and poet who is little known in Latin America, but who is also, and no less importantly, a farmer and peasant, hence the integrity, coherence and persuasive power of his original proposals.

¹ Profesor en el IES Valle del Azahar (Cártama, Málaga). Miembro y Vocal por Málaga de la Asociación Andaluza de Filosofía. sebastiangamezmillan@gmail.com

Keywords

Anthropocene, life, Earth, development

Introducción

En el Antropoceno, época geológica caracterizada por la creciente conciencia del impacto del ser humano sobre la Tierra, desde perspectivas liberales y otras posiciones de derecha partidarias del capitalismo, acostumbran a defender el desarrollo; mientras que, desde posiciones ecológicas de izquierda, por simplificar, se decantan por el decrecimiento. En este artículo quiero exponer una alternativa al desarrollo y al decrecimiento, como si en síntesis fueran las dos únicas opciones posibles. Expondré una forma de relacionarnos con la naturaleza que pone en tela de juicio ambas posturas. La primera, por las consecuencias de los efectos de los mercados, que identifica el mundo con una fábrica y la vida con mercancía, instrumentalizando a uno y otra; del poder otorgado a las grandes empresas, del crecimiento económico, tantas veces totalitario, que descuida otros aspectos sociales y vitales, que carece de arraigo en el espacio y que devora la naturaleza, la cultura y deja tantas o más ruinas que beneficios a su paso. Respecto a la segunda, se opone a las consecuencias del individualismo sociológico desarraigado, a los derechos sin rituales, al rechazo de toda tradición, a la visión cosmopolita y forzosamente urbana.

Para ello expondré una visión panorámica del pensamiento de un filósofo, novelista y poeta poco conocido en el ámbito iberoamericano, Wendell Berry (Kentucky, 1934), pero también y, en no menor medida, agricultor y campesino, de ahí la integridad, coherencia y la fuerza persuasiva de sus originales propuestas. En "Entenderse con la naturaleza" (1982), parte de la premisa de que las personas no pueden vivir separadas de la naturaleza:

este es el primer principio de los conservacionistas. Y, al mismo tiempo, la gente no puede vivir en la naturaleza sin cambiarla. No sólo la gente: ninguna criatura puede; todas dependen de la naturaleza y la modifican. Por consiguiente, no tiene sentido pretender que el hombre no altere la naturaleza. Los humanos, como el resto de criaturas, deben

también participar en las modificaciones del mundo; de lo contrario no podrían sobrevivir [...] La naturaleza, por tanto, no es sólo nuestro origen, también es nuestro límite y nuestra medida (2009, pp. 220-221).

Por ello, en una idea que se encuentra en consonancia con el *logos* de Heráclito, que se traduce como "razón" pero también como "leyes de la naturaleza", y que atraviesa la historia del arte y del pensamiento –pienso en Brueghel, Spinoza...–, "la libertad se encuentra implícita en la comprensión de la naturaleza como criterio para la vida económica". ¿Cómo se traduce esta idea en la práctica cotidiana? "Cultivar la tierra siguiendo el criterio de la naturaleza, esto es, de la naturaleza de un lugar determinado, significa que los granjeros deben cuidar granjas y tierras que conocen y aman, granjas lo suficientemente pequeñas como para ser conocidas y amadas, en compañía de vecinos a los que conocen y aman", argumenta en "La naturaleza como medida", texto de 1989 (2019, pp. 94-95).

Más recientemente, en "El futuro de la agricultura" (2011), ante "el problema de la destrucción del mundo, provocado por la contradicción irreconciliable entre el mundo natural y el mundo hiperindustrializado", propuso: 1) "trabajar en una escala adecuada a lo limitado de nuestras capacidades. No debemos romper cosas que no podemos arreglar. No puede haber justificación alguna, jamás, para daños ecológicos permanentes"; 2) "abandonar la fantasía homeopática de que los daños causados por la industrialización pueden ser corregidos con más industrialización", como propondrían algunos liberales; 3) "dejar de resolver los problemas 'huyendo hacia adelante'. Debemos intentar quedarnos quietos, y aprender dónde nos encontramos, geográfica, histórica y ecológicamente"; 4) "reconocer, si podemos, cuál es el fundamento de la vida económica en que nos manejamos y cuáles sus costes"; 5) "desechar la idea de que somos demasiado buenos para hacer el trabajo que nos corresponde y limpiar nuestro propio estropicio. No es aceptable que deleguemos esas tareas mediante una esclavitud asalariada o la esclavización de la naturaleza"; 6) "construir economías locales, adaptadas al medio local, basadas en la naturaleza local, la inteligencia local, el trabajo local y la luz del sol que brilla sobre cada pequeña parcela de la tierra"; 7) "comprender

que todas estas medidas son profundamente radicales. Van a la raíz de nuestro problema. No puede realizarlas por nosotros experto alguno, o líder político, o empresa global” (pp. 457-458).

En este sentido, la propuesta no puede ser más democrática; claro que, al igual que el sistema recíproco de los derechos, exige que cumplamos cada uno con nuestros deberes. En definitiva, el pensamiento ecológico de Wendell Berry implica relacionarnos de otro modo con la naturaleza. En resumen, su fórmula para una buena vida –y aquí lo ecológico es el fundamento de lo antropológico, lo ético, lo político y lo jurídico– es sencilla: ve más despacio. Presta atención. Haz buenas obras. Quiere a tus vecinos. Ama tu hogar. No te alejes de él. Confórmate con menos, disfrútalo más. ¿Seremos capaces o es una utopía desde el punto de vista de que los seres humanos no somos tan flexibles como imaginamos para adaptarnos a estas formas de vida? ¿Hasta qué punto nos veremos obligados por la supervivencia del planeta, lo que equivale a decir, de los seres humanos y el resto de especies?

¿Cómo relacionarnos de otro modo con la naturaleza mientras más del 50% de la población mundial se concentra en ciudades, tendencia creciente que va a más? Sin ir más lejos, en España se mantiene desde hace años el debate acerca de la llamada “España vacía” o vaciada, o despoblada o, como prefiere un amigo, “despreciada”. Entre las principales razones asoman las ofertas laborales y estilos de vida que proporcionan bienestar, entendiendo por ello hospitales o centros de salud, colegios, institutos, universidades, supermercados, etc. Quiero decir con ello que nuestra relación con la naturaleza no es que se esté deteriorando, es que se está alejando. Cada vez más personas desconocen de dónde provienen determinadas frutas y verduras, determinados productos con los que antes se mantenía una relación cotidiana.

En estas circunstancias, ¿cómo aprender a relacionarnos de otro modo con la naturaleza? En principio, veo dos grandes caminos: el primero es el de la experiencia y, desde luego, no es infalible. Mi padre era un agricultor que, a excepción de la familia, amaba la naturaleza por encima de cualquier cosa. Menos mal que sus dos

hijos mayores aprendieron a cultivar y amar la tierra. El otro camino es lo que a falta de otros términos denominaré, con Ortega y Gasset, "la pedagogía del contagio" –bien mirado, la experiencia directa se aprende o no por contagio, por el amor, por la ilusión, por la admiración y por el entusiasmo de aquellas personas que la cultivan–. Wendell Berry, que sigue renunciando a muchas comodidades para seguir siendo un campesino excepcional, me parece ejemplar. Recomiendo la obra citada, *El fuego del fin del mundo*, a modo de ilustración de ello.

Invitados a la vida

Haciéndose eco de una reflexión de Richard Rorty, Manuel Arias Maldonado subrayaba en *Antropoceno. La política en la era humana*, "qué lejos nos encontramos de haber resuelto el problema al que apunta Rorty: carecemos de un relato universal capaz de simbolizar la esperanza socionatural en un futuro sostenible. Nos hallamos, en el mejor de los casos, trabajando en ello. Y el reloj no deja de correr" (2018, p. 206). Con esta propuesta se puede afrontar dos cuestiones capitales: el cuidado del medio ambiente y el descubrimiento de sentido de la vida. Como seres sedientos de sentido, necesitamos dotar de cierto sentido el sin sentido de la existencia. Un relato que puede contribuir a persuadir para adaptar nuestros estilos de vida a las necesidades del cambio climático y otros asuntos de importancia vital es el de invitados a la vida, para expresarlo con la metáfora ontológica que empleaba George Steiner. Un invitado a la vida es aquel que agradece el espacio que se le ofrece para vivir. Acepta las leyes y costumbres de sus anfitriones, pero puede conversar para tratar de ampliarlas. Aprende los símbolos y la lengua de los que los acogen, pero puede practicarlos y mejorarlos. En cualquier caso, cuando llegue la hora de abandonar la casa procurará dejarla al menos tal como estaba cuando llegó a ella. Y si sabe valorar justamente la herencia recibida, se esforzará por elevarla a la altura de la historia, y dejarla más cuidada, limpia y bella de como la recibió. En esto consiste acaso nuestra gratitud y nuestra dignidad como invitados a la vida, en abandonar la casa habiendo aumentado su valor durante nuestra residencia en ella.

Nuevos imperativos

Y para ello no basta en pensar en nuestra relación con el pasado, también el presente y el futuro. En *El principio de responsabilidad*, Hans Jonas reformuló audazmente el imperativo categórico de Kant de tal forma: "Obra de tal modo que los efectos de tu acción sean compatibles con la permanencia de una vida humana auténtica en la tierra" (1995, p. 40). Nuestra relación de deber ya no es sólo con los otros, nuestros semejantes, los humanos, sino con el planeta. Esto es un cambio de paradigma. Además, está en consonancia con el avance de la ciencia desde el Renacimiento y la Revolución Científica a nuestros días: si pensamos en las implicaciones y consecuencias de los descubrimientos de Galileo, Darwin y Freud, entre otros autores, comprobaremos cómo la ciencia avanza a medida que nos alejamos del antropocentrismo.

Sin embargo, ¿hasta qué punto podemos hacerlo? En "La conquista del espacio y la estatura del hombre", Hannah Arendt sostenía que:

estas nuevas posesiones, como toda propiedad, tendrían que ser limitadas, y una vez alcanzado ese límite y establecidas las fronteras, la visión del nuevo mundo que probablemente nacería de allí sería, una vez más, geocéntrica y antropomórfica, aunque no en el antiguo sentido de la tierra como centro del universo ni del hombre como el ser más importante dentro de ella. Sería geocéntrica en el sentido de que la tierra y no el universo es el centro y la residencia de los hombres mortales, y sería antropomórfica en el sentido de que el hombre incluiría su propio carácter objetivo de ser mortal entre las condiciones elementales en las que son posibles los esfuerzos científicos (2003, p. 425).

Peter Singer replicaría quizá que lo hacemos por especismo. No es una razón menor: cualquier otra especie actuaría por idénticas razones. A fin y al cabo parece que en los genes de cualquier especie está el deseo de sobrevivir. Y si hay una especie que defiende a la demás –también, en honor a la verdad, es su máxima depredadora y amenaza en no pocos casos– esa es la humana.

Planeta Gaia

La idea de planeta Gaia, de James Lovelock y Lynn Margulis, ha sido cuestionada por algunos científicos. En efecto, el planeta no es un ser vivo o, para ser más exacto, buena parte de lo que está compuesto, como agua y roca, no son seres vivos, aunque estos elementos son indispensables para la creación y el desarrollo de la vida. Sin embargo, esta concepción creo que ha fortalecido una metáfora tributaria de ella: el planeta comprendido como nuestra casa. Y en este sentido, el planeta no nos pertenece, sino más bien nosotros le pertenecemos, en el sentido de que, al igual que el resto de especies, provenimos de él. Tengo para mí que, aunque de manera todavía insuficiente, esta metáfora se está difundiendo y calando en la conciencia social.

Cambio climático: el tema de nuestro tiempo

A juicio del físico y divulgador científico José Manuel Sánchez Ron:

el aumento de temperatura que está experimentando la tierra es uno de los grandes temas de nuestro tiempo, posiblemente el más importante, aunque todavía hay quienes lo niegan, alguno de ellos en puestos muy destacados. Según el informe preparado en 2018 por el panel Intergubernamental de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático, la temperatura media de nuestro planeta ha aumentado un grado centígrado desde la época preindustrial, y este efecto, producido por actividades humanas, ha provocado consecuencias catastróficas en el clima terrestre: olas de calor, sequías, lluvias y nevadas más intensas; en resumen, condiciones climáticas más extremas. Si las emisiones de gases de efecto invernadero continúan al nivel actual, el aumento de la temperatura media global será, de acuerdo al anterior informe, de 1,5° C en algún momento entre 2030 y 2052, y más allá de ese punto, los efectos serán más severos para la especie humana (2019, p. 48).

De hecho, las muertes por calor han aumentado durante los últimos veranos, y los pronósticos apuntan que la tendencia seguirá incrementándose notablemente. ¿En qué sentido el cambio climático

es el tema de nuestro tiempo? Probablemente no haya otro que posea semejantes ramificaciones, implicaciones y consecuencias, que van desde la ecología a la biología y la economía, desde la ética a la política. En otras palabras, no hay otro asunto que pueda afectar tanto, y de forma irreversible, a la subsistencia del planeta Tierra, del que dependemos todos los seres vivos.

En medio del escepticismo

*¿Cómo voy a conocer el
universo si no conozco suficientemente
mi barrio?*

Woody Allen

¿Cómo evitar el escepticismo radical, el cinismo y el negacionismo y, por el otro extremo, el catastrofismo apocalíptico y el fundamentalismo religioso, tan presentes en los discursos ecologistas?

Suponiendo que no contáramos con suficientes registros para hablar con propiedad y rigor de cambio climático, creo que es racional y razonable aplicar el célebre argumento de Pascal respecto a la existencia de Dios: voy a creer porque si existe, estamos en lo cierto; y si no... qué podemos hacer. Es decir, conviene que actuemos como si el cambio climático fuera una realidad evidente con todas sus consecuencias, porque si es así, estamos en lo cierto, adoptando medidas adecuadas para subsistir; y si no es así... Que por nuestra parte no sea la extinción del planeta.

Desarrollo sostenible

¿No es una contradicción en sus términos, equivalente, pongamos, a "guerra justa"? O hay desarrollo o hay sostenibilidad. Pero, ¿pueden conjugarse ambos al mismo tiempo? Con frecuencia se utiliza el adjetivo para acompañar a la alimentación, la arquitectura y cualquier cosa que se venda, no se sabe a ciencia cierta muchas veces si para limpiar la conciencia de los consumidores o porque realmente es así.

Límites

Paradójicamente, gracias a establecimientos adecuados de límites podemos ampliar nuestros márgenes de libertad. Pero en nombre del desarrollo o del progreso, aunque luego se mitigue o maquille acompañándolo del adjetivo "sostenible", parece que no conocemos límites. Michael Sandel se preguntaba: "¿Qué debemos hacer cuando la promesa de crecimiento económico, o de eficiencia económica, significa poner precio a bienes que consideramos que no tienen precio?" (2019, p. 84). Y "¿debe el gobierno poner límites a las emisiones y sancionar a las compañías que los superen? ¿O debe el gobierno establecer permisos de contaminación comercializables?" (p. 77). La conclusión de Sandel es la siguiente:

Cuando lo que está en juego es la cooperación global, permitir a los países ricos evitar reducciones significativas de su propia energía comprando a otros el derecho a contaminar (o pagando por programas que hacen posible que otros países contaminen menos) vulnera dos normas: consolida una actitud instrumental hacia la naturaleza y mina el espíritu de sacrificio compartido –la moral, según Rawls, es un sistema de exigencias recíprocas– necesario para crear un entorno ético global (p. 81).

Aunque con demasiada frecuencia prevalece la lógica del capitalismo frente a los valores éticos, recordemos que a comienzos de este nuevo siglo, en abril de 2001, tras las presiones de Oxfam y Médicos sin Fronteras, la Organización Mundial del Comercio (OMC) y la Organización Mundial de la Salud (OMS) alcanzaron un acuerdo para implantar un sistema de precios diferenciados, de modo que los fármacos de genéricos contra enfermedades como el SIDA, la malaria o la tuberculosis, fueran más baratos en los países más empobrecidos. Como ha defendido Jorge Riechmann, "no hay ninguna razón por la que esta excepción deba aplicarse sólo a los medicamentos: exactamente lo mismo debe regir para todos los bienes y servicios destinados a satisfacer necesidades básicas, empezando por los alimentos" (2010, p. 97). Por tanto, deben prevalecer los principios de justicia sobre los del libre comercio. Otro contratiempo que va en contra de los intereses del medio ambiente

–y de nosotros, los seres humanos– es el cortoplacismo de las políticas.

“Consumo, luego soy”

No pocas personas sensibles a la ecología, el cambio climático y otros asuntos afines se sienten frustradas, decepcionadas e indignadas porque su responsabilidad, comparada con la de grandes gobiernos y multinacionales, es minúscula e insignificante. Lo sabemos, pero no debemos caer por ello en la indiferencia o en un nihilismo pasivo que nos arrastraría a un horizonte con peores perspectivas. Ciertamente, es imposible vivir, incluso sobrevivir, sin consumir. Pero de ahí a nuestros hábitos consumistas en el llamado primer mundo va un trecho.

Hasta tal punto que se ha convertido en un tópico la paráfrasis a la célebre frase de Descartes. Por eso es conveniente que aprendamos otros hábitos de consumo, que implica otro modo de habitar el planeta. El ecologista social y libertario Floreal M. Romero se preguntaba:

¿Es el crecimiento fruto del ‘consumismo’, la explicación más aceptada y neutral desde el punto de vista social cuando se habla del deterioro del medio ambiente? ¿O por el contrario se origina por la naturaleza productiva de la economía de mercado? Podemos aceptar ambas cosas. Pero la realidad de la economía de mercado, en términos generales, es que el consumidor rara vez demanda un producto de manera espontánea, ni sus pautas de consumo se guían por consideraciones puramente personales (2019, p. 98).

Como el poder de la imaginación es uno de los aspectos que nos distingue del resto de animales, se diría que son con frecuencia los productores los que consiguen crear necesidades, tantas veces superfluas, en los consumidores.

Frente a “la obsolescencia programada”, reivindicar una cultura de lo perdurable (dentro de la específica finitud humana)

En un artículo considerado fundador de la ecología social y donde Bookchin traza algunas de las líneas maestras de su pensamiento, "Ecology and Revolutionary Thought" (1964), anticipa lo que conocemos como "obsolescencia programada": "Los medios masivos de comunicación diseñan las necesidades del público para que sea este quien demande productos inútiles, cuidadosamente ideados para que dejen de funcionar después de un cierto tiempo. El saqueo infligido por el mercado al espíritu humano va a la par que el infligido por el capital a la tierra" (en Romero y Gerber, 2019, p. 63). Frente a "la obsolescencia programada" y las modas pasajeras, que incentivan el espíritu de consumo, es conveniente reivindicar lo que a falta de otros conceptos denomino "una cultura de lo perdurable" (dentro de la específica finitud humana). ¿En qué consiste? Irremediablemente tenemos que consumir para (sobre)vivir, pero no se trata de consumir por consumir, perdiendo de vista los fines y los medios de la vida, sino antes bien, de elegir cuidadosamente estos y, por consiguiente, productos que nos acompañen durante el mayor tiempo posible sin necesidad de sustituirlos continuamente por otros.

Nada en propiedad

Concluiré en consonancia con la metáfora ontológica de "invitados a la vida", con la lectura de "Nada en propiedad", publicado en 1993, de Wislawa Szymborska (2014, pp. 377-378), Premio Nobel de Literatura en 1996, una poeta muy filosófica –empezando por la imperecedera enseñanza de Sócrates, reconocer continuamente nuestra ignorancia– que, con ironía y humor, en *sotto voce*, en no pocos de sus textos alcanza una perdurable sabiduría universal.

Nada en propiedad, todo prestado.
Estoy empeñada hasta el cuello.
Tendré que liquidar la deuda
entregándome a mí misma.

Así está establecido:
devolver el corazón,
devolver el hígado,
y cada uno de los dedos.

Es tarde para cambiar las cláusulas del contrato.
Me harán pagar la deuda
junto con mi piel.

Ando por un mundo repleto de deudores.
Sobre unos pesa
el embargo de las alas.
Otros, quieran o no,
declararán las hojas.

Cada tejido nuestro
está en el Debe.
Ni una pestaña, ni una ramita
podrá ser conservada para siempre.

Hasta el último detalle está inventariado,
y todo parece indicar
que hemos de quedarnos sin nada.

No logro recordar
dónde, cuándo y para qué
permití que me abrieran
esta cuenta.

La protesta contra eso
es lo que llamamos alma.
Y es esto lo único
que no está en el inventario.

Fuentes consultadas

Arendt, H. (2003). *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Península.

Arias Maldonado, M. (2018). *Antropoceno. La política en la era humana*. Taurus.

Berry, W. (2019). *El fuego del fin del mundo*. errata naturae.

Jonas, H. (1995). *El principio de responsabilidad. Ensayo de una ética para la civilización tecnológica*. Herder.

Riechmann, J. (2010). *Entre la cantera y el jardín*. Aldea.

Romero F. M. y Gerber V. (2019). *Murray Bookchin: por una ecología social y radical*. Libélula Verde.

Sánchez Ron, J. M. (abril 2019). Economía y Cambio Climático. *El Cultural*, 48.

Sandel, M., (2019). *Lo que el dinero no puede comprar. Los límites morales del mercado*. Randon House.

Szymborska, W. (2014). *Poesía no completa*, trad. Gerardo Beltrán y Abel A. Murcia, FCE.